

Firma invitada Una mirada personal al legado de Baltasar Porcel y sus inquietudes, a partir de los encuentros mantenidos en Mallorca, las Terres de l'Ebre y las conversaciones sobre narrativa y cultura

Crear para crearse

Emili Rosales es novelista, premio Sant Jordi 2004 con 'La ciutat invisible'. Actualmente dirige Editorial Destino

EMILI ROSALES

Con Baltasar Porcel desaparece una figura literaria que empieza a parecernos de otro tiempo. Por la ambición de sus planteamientos artísticos, por la extensión de sus intereses vitales y por la relevancia colectiva que obtuvo, podemos hablar, sin duda, de un gigante. Es más, creo que es precisamente la enorme dimensión de su figura y su obra lo que no nos permite formarnos del todo una idea de su trascendencia; estamos demasiado cerca y es demasiado gigantesco para que podamos observarlo en su conjunto.

Lo conocí cuando el escritor estaba al frente de aquella cancillería llamada Institut de la Mediterrània, auténtica idea cultural de calado político llevada a la práctica, y sus columnas de *La Vanguardia* se habían convertido ya en la piedra de toque de un tiempo en que el catalanismo fue seductor y exitoso, la época que también vio el hundimiento del comunismo. Pocas veces un escritor ha tenido una influencia tan marcada sobre su tiempo. Y naturalmente creaba anticuerpos; en 1995, con Porcel a punto de presentar mi primera novela, un editor amigo me advirtió: ¿sabes dónde te metes?

¡Ya lo creo! Para un escritor en ciernes Porcel era deslumbrante, porque ofrecía una vía de acceso al mundo, al día que amanecía en Cataluña y en Europa. Había empezado leyendo, empujado por la profesora Rosa Cabré, *Les primaveres i les tardors*, que elevaba a la categoría de mito mediterráneo el mundo personal e insular del autor, trufado de intuiciones sólo al alcance de los que escriben tocados por la



Aún estamos demasiado cerca y es demasiado gigantesco para que podamos observarlo en su conjunto y apreciar su trascendencia

gracia, y a través de un idioma plebético. Todo ello me hizo abrir los ojos: escribir a partir de la insularidad, o sea la singularidad, una literatura fuertemente hincada en el poder de la palabra, para rastrear en la noche en pos de lo desconocido.

Luego el mundo empezó a dar vueltas muy rápido y nuestros encuentros a sucederse en Barcelona

o Vallldoreix, y pronto en Sant Carles y en Andratx. En su reducto mágico de Sant Telm me dio tiempo a conocer a su madre y a su padre, figuras legendarias, cuando ya había publicado otra de sus obras epifánicas, *El cor del senglar*, y cuando tuve el honor de convertirme en su editor, a partir de *L'Emperador o L'ull del vent*. Así mismo las visitas de Baltasar a las Terres de l'Ebre,

como cada una de nuestras conversaciones, se convirtieron para mí en un fermento intelectual y en una sugestión permanente, el reto de su dialéctica y el aliento de su ánimo. Para comprobar hasta qué punto a Porcel le cautivó el delta basta ver el lugar preeminente que reserva a este escenario en su última novela, *Cada castell i totes les ombres*.

La atracción que ha ejercido Porcel sobre las nuevas generaciones es muy visible en el campo de los modelos novelísticos. Así, el equilibrio que existió una vez entre por una parte la narrativa minimalista, ingeniosa, hipotética, lingüísticamente austera, y por otra, la novela de raíz personal y visceral, con resonancias culturales, históricas, míticas, de lenguaje jugoso, se ha roto a favor de la segunda. Esta última entiendo la literatura como una fundación: crear para crearse. La vida misma del escritor, una aventura, una búsqueda en la que no se descarta tener que atravesar las líneas enemigas.

Últimamente con Baltasar casi evitábamos dos temas que otrora eran muy estimulantes: la política y Catalunya; nos deprimíamos. Y antes de que la cosa fuera a más, pasábamos rápidamente a lo nuestro: el Quattrocento, Nápoles, Venecia, Chateaubriand o Leopardi, los viajes que vendrían. El invierno pasado me propuso que este verano navegáramos por la costa croata con Mariàngels y con Bea, pero yo creí que tendríamos tiempo más adelante...

Su figura es ciertamente irremplazable. Sin embargo, ha transmitido a una generación de autores una energía que ya no se detiene, una profecía que anunciaba en estas líneas de *El cor del senglar* y que leí en el atardecer luminoso de Andratx para despedirle, porque nos emplaza:

“Sempre que puguis amagar-te dels titans trobaràs les prades florides on desembocaven els cavallers d'antany, els de l'escut del Sol i el signe del Senglar, després de lluitar contra els monstres i travessar els boscos opressors”. |

Baltasar Porcel, en la etapa final de su vida

GETTY IMAGES